

la ceguera. De aquí esas innobles mentiras cubiertas con el nombre de revelaciones divinas; de aquí esas falsedades monstruosas llevadas á cabo con un descaro que pasma y aflige. ¿Qué se podía ser la de aquellos que se servían de ella como de un instrumento para saciar su sórdida codicia? Los pretendidos elegidos de Dios eran unos charlatanes que engañaban á los incautos. ¡Gran lección para nuestro siglo! A los que hoy vuelven á resucitar las revelaciones y los milagros, la humanidad moderna les responde con la historia en la mano: «Os conozco, sois los descendientes de los que han engañado al mundo para explotarlo. Vuestras visiones y vuestros milagros tienen que ver con los tribunales de justicia; vuestra devoción no es más que fraude. El gran fin que os proponéis á través de los siglos es dominar á los hombres, cultivando su ignorancia y su credulidad.»

## II.— Las falsas reliquias.

Casi sería inútil hablar de las falsas reliquias, en vista de lo numeroso y evidente de las falsificaciones, si en pleno siglo XIX no se siguiese explotando la majadería humana en favor de lo que se llama la reacción religiosa, y debería llamarse una necia superstición y una ambición inmortal. Un sabio italiano que ha pasado su vida en el laborioso estudio de la Edad Media, *Muratori*, dice que hay un número infinito de santos y de reliquias poseídas simultáneamente, según pretenden, por dos ó más iglesias (1). Como no se concede á los santos el don de multiplicarse á voluntad de sus adoradores, habrá que reconocer que las poblaciones han adorado durante siglos osamentas vulgares y aún de animales. Esto era inevitable; el culto de las reliquias se prestaba demasiado al fraude, para que no le hubiera. *Muratori* dice que el comercio de las falsas reliquias se hacía ya en el siglo IV; es decir, en los buenos tiempos del cristianismo. El fraude era público; aún en medio de las tinieblas de la Edad Media era conocido, lo cual no impedía que el clero lo propagara. «La cabeza de San

(1) MURATORI, *Dissert.* 58. (*Antiq.*, t. v, p. 10.)

Juan Bautista, dice *Guiberto de Nogent*, está á la vez en Constantinopla y en Angers: unos ú otros engañan ó son engañados» (1). ¿Para qué insistir en estos detalles, cuando un Concilio general nos dice que «EN CASI TODAS PARTES SE EMPLEABAN HABITUALMENTE FALSAS LEYENDAS Y FALSOS DOCUMENTOS, PARA ENGAÑAR Á LOS FIELES CON OBJETO DE GANAR DINERO?» (2). El Concilio de Letran no puso fin á este torpe comercio; el origen del mal estaba en el culto mismo que se tributaba á las reliquias; mantener el culto y castigar los fraudes que son inseparables de él, era encerrarse en un círculo vicioso. En los siglos XIII y XIV se siguen oyendo las mismas quejas; merecen leerse en el Sínodo de Maguncia los innobles artificios á que recurrían los clérigos para embaucar al pueblo: son dignos de los charlatanes de nuestras ferias (3).

Citarémos algunas reliquias de las más famosas, para hacer ver á donde llega la credulidad religiosa y la impostura que abusa de ella. A no ser por el diluvio tendríamos reliquias de Adán y de Eva; como el diluvio lo borró todo, no ha sido posible pasar más allá de Noé; se han exhibido pedazos del arca que construyó para salvar al género humano. En el siglo XI la vara de Moisés atraía á Sens gran número de devotos; venían de Italia y hasta de las islas británicas. Los cuernos de Moisés, traídos del Sinaí por un sacerdote de Génova, y la barba de Aaron, rivalizaban con aquellas reliquias de la Antigua Ley (4). Pero las reliquias de la Virgen y de Jesucristo eclipsaban, como era justo, las maravillas de los patriarcas. En primer lugar tenemos una de las plumas del ángel Gabriel, que se quedó en la habitación de la Virgen María, cuando vino á anunciarle el nacimiento de Jesús (5). En un frasco se conser-

(1) GUIBERT DE NOGENT, *De pignoribus sanctorum*, I, 3, § 2.

(2) Concilio de Letran, de 1215, c. 62. (MANSI, t. XXII, p. 1049.)

(3) Concil. Maguntin., 1261, c. 48. (MANSI, t. XXIII, p. 1102): «Hi profanissimi, pro reliquiis saepe exponunt ossa profana hominum, seu brutorum, et miracula mentiuntur, causasque petitionum suarum mendose confictas, effusis lacrimarum profluviiis, ad quas habent oculos eruditos, et extenuatis faciebus, cum clamoribus validis, et gestibus miserandis.»

(4) MURATORI, *Dissert.*, 58 (t. v, p. 13).—GLABER RADULPHUS, lib. III, c. 6.—HENRI ESTIENNE, *Apologia de HERODOTO*, c. 38, § 5.

(5) HENRI ESTIENNE cuenta con mucha gracia las diversas leyendas de esta curiosa reliquia (c. 39, § 28).

va *leche de la Virgen*; se conservan también los *pañales* con que envolvía á su hijo en Egipto. El *santo heno*, es decir, el heno que había en el pesebre en que fué colocado el niño Jesús, hacía grandes milagros en Lorena (1). Se nos olvidaba la *vela* que se encendió cuando nació (2). Para no salir del terreno material citaremos además la *cola del asno* en que montó Nuestro Señor; hasta el *estércol del asno* ha pasado á la posteridad (3). Tenemos reliquias más respetables: un *diente* que nuestro Señor Jesucristo perdió á la edad de nueve años, su *ombigo* y su *prepucio* (4). Se han conservado las cosas más imposibles de recoger y conservar; mostrábase en una caja, pero cuidando mucho de no abrirla, *aliento de Jesucristo*, conservado cuidadosamente por su madre desde la niñez.

¿Se preguntará cómo habían llegado estas santas reliquias á manos de los que comerciaban con ellas? Las leyendas que prueban la autenticidad de las reliquias son tan curiosas como las reliquias mismas. *Henri Etienne* nos contará la historia de la *sangre de Jesucristo*: « Cuando Nicodemo descolgó de la cruz á Nuestro Señor, recogió sangre de él en un dedo de su guante, con el cual hacía muchos y grandes milagros. Y viéndose por esta causa perseguido por los judíos, se deshizo de él mediante una invención maravillosa. Y fué que tomando un pergamino, escribió en él todos los milagros y todo lo perteneciente á este misterio y encerró la sangre juntamente con este pergamino dentro de un gran pico de ave, y despues de atarlo lo mejor que pudo lo arrojó al mar, encomendándolo á Dios, el cual quiso que mil ó mil doscientos años más tarde, este santo pico, despues de haber paseado tranquilamente por todos los mares de Oriente á Poniente, llegó á Normandía, donde habiendo sido arrojado por el mar entre unas zarzas, sucedió que un duque de Normandía, cazando un ciervo por aquellos parajes, se le desaparecieron el ciervo y los perros, hasta que lo descubrió arrodillado en una zarza y alrededor los perros callados y también de rodillas (algunos dicen que recitaban sus oraciones). Lo cual movió de tal modo la devoción del buen du-

(1) HENRI ESTIENNE, c. 38, § 5.

(2) MABILON, *Acta sanct. ord. S. Benedicti*, Saec. IV, P. 1.<sup>a</sup>, p. 114.

(3) *Annales Corbejens.*, ad a. 1217.

(4) GUIBERTUS, *De pignoribus sanctorum*, II, 1.

que, que inmediatamente hizo desmontar el lugar en que fué encontrado el precioso pico. Lo cual dió motivo á que fundase allí la abadía llamada hoy por esta causa «la abadía del Pico», tan enriquecida, que bien puede decirse que es un pico que alimenta muchos vientres» (1).

La *santa lágrima* de Vendome no es ménos célebre que la *santa sangre*. Aquí tenemos la ventaja de apoyarnos en los religiosos benedictinos que hicieron imprimir un libro titulado: *Historia verdadera de la santa lágrima que Nuestro Señor Jesucristo lloró sobre Lázaro: cómo y por quién fué traída al monasterio de la Santísima Trinidad de Vendome. Y juntamente varios insignes milagros acaecidos desde hace 630 años, que ha sido consagrada milagrosamente en este santo lugar*. Un teólogo católico se ha tomado el trabajo de refutar lo que los benedictinos llaman las pruebas de su milagrosa reliquia. Basta presentar este increíble cúmulo de estupideces para cubrir de ridículo á la reliquia y á los benedictinos. Dícese, pues, que la *lágrima de Vendome* es una de las que Nuestro Señor derramó á la muerte de Lázaro. Un ángel la recogió, la puso en un vaso pequeño, donde áun hoy se la ve, la encerró en un vaso algo mayor y se la dió á la Magdalena. La Magdalena la trajo á Francia, cuando vino al puerto de Marsella con su hermano Lázaro, su hermana Marta, San Maximino y San Celedonio. Cuando la Magdalena conoció que se acercaba el feliz momento de su muerte, hizo llamar á San Maximino, obispo de Aix, y le dejó la *santa lágrima*, que éste guardó cuidadosamente mientras vivió. La *santa lágrima* viajó todavía bastante ántes de llegar á buen puerto. Llevada á Constantinopla por los Griegos estuvo allí hasta el año 1040, que es el tiempo de la fundación del monasterio de Vandome. Aquí la *santa lágrima* se relaciona con los sucesos históricos; pero los hechos vienen tan desfigurados por la torpeza ó la ignorancia de los autores de la leyenda, que salta á la vista la fabricación de toda esta. *Thiers* deduce que la historia de la *santa lágrima* es apócrifa y fabulosa: el honrado teólogo añade que no se deben consentir falsedades so pretexto de devoción (2).

(1) HENRI ESTIENNE, *Apología por HERODOTO*, c. 38, § 4.

(2) THIERS, *Tratado de las supersticiones*, t. I, p. 98; t. II, p. 398-403.

¿Qué debemos admirar más, la estupidez humana, ó la impudencia de los que abusan de ella? Diríase que, cuanto más monstruosos es un fraude, más dispuestos están los hombres á creerlo. Un abad del siglo XII nos dice cuál era el móvil de aquellas santas imposturas. «Las mentiras, dice *Guiberto de Nogent*, que cada día se inventan con un atrevimiento sin igual, no tienen más objeto que vaciar los bolsillos de las gentes crédulas» (1). En vano el Concilio de Letran condena esta vil codicia; los fraudes piadosos siguieron practicándose hasta los tiempos modernos. A fines del siglo XVII escribe *Thiers* que, á pesar de los concilios, hay frailes ricos y con buenas rentas que hacen un *vergonzoso tráfico de reliquias* inciertas, supuestas, ó *absolutamente falsas*. «La *fabulosa lágrima de Vendome*, añade el teólogo francés, produce en los desdichados tiempos en que vivimos tres ó cuatro mil libras de renta en evangelios, misas, novenas, presentes, oblacones y otros sufragios. Los frailes de S. G. D. P. ciñen á las mujeres encinta una banda de Santa Margarita, cuya historia no podrian decir sin exponerse á las risas de los sabios. Sin embargo, las mujeres aseguran que salen de su embarazo con toda felicidad por la virtud de esta banda milagrosa. Y en esta confianza hacen oblacones y presentes á su capilla de Santa Margarita, y se hacen decir evangelios y misas, cuyas retribuciones entran en el monasterio, que es uno de los más ricos del reino» (2).

Hé aquí lo odioso, hé aquí lo que affige. La veneracion de las reliquias conduce á un verdadero fetiquismo. En verdad, si tan repugnante supersticion hubiera de perpetuarse, deplorariamos con el Emperador Juliano que la humanidad hubiese abandonado los altares de los dioses poéticos de la Grecia, para postrarse ante los huesos de los muertos. Sin embargo, la Sagrada Escritura autoriza la creencia en las reliquias. Se lee en las *Actas de los Apóstoles*: «Y Dios hacia milagros extraordinarios por manos de Pablo; de modo que se ponian á los enfermos los pañuelos y lienzos que habian tocado á su cuerpo, y se curaban de sus enfermedades y se veian libres de los espíritus malignos» (3). Los Padres de la

(1) GUIBERTI, *De pignoribus sanctorum*, lib. II, c. 2, § 5.

(2) THIERS, *Tratado de las supersticiones*, t. I, p. 97 y sig.

(3) *Actas de los Apóstoles*, XX, 11, 12.

Iglesia no ponen en duda la realidad de los milagros efectuados por los huesos: San Agustín vacila únicamente respecto de la manera como se llevan á cabo; no sabe si es Dios quien los produce directamente por la intercesion de los bienaventurados, ó si cooperan á ellos los ángeles y los mártires (1). De modo, que la supersticion, en lo que tiene de más estúpido, va unida á la revelacion. Y lo más triste para el orgullo de la razon humana es que santos como Agustín han creído estas sandeces! Pero no deprimamos demasiado la razon; si es débil é imperfecta, tambien es perfectible y progresiva. Nada lo prueba mejor que la historia de las supersticiones. Hombres de gran genio han admitido creencias de que muy pronto se avergozarán hasta los niños. No se nos oponga, pues, la autoridad de los grandes hombres, con objeto de encadenar el presente y el porvenir á la doctrina del pasado. Cada edad tiene sus errores de que no se libran los espíritus más elevados. Nobles inteligencias han creído en las fábulas del politeísmo; ¿sería suficiente su autoridad para volver á llevar á la humanidad á los altares de Júpiter y de Minerva? Si los errores de los sabios de la antigüedad no tienen peso alguno, cuando son contrarios á la razon, ¿por qué han de tener más autoridad las preocupaciones cristianas?

### III.—*Los falsos milagros.*

Los milagros desempeñan un papel muy considerable en la historia del cristianismo; son la prueba por excelencia de la revelacion. Nunca fueron más frecuentes que en la Edad Media; hay reliquia que ha hecho más prodigios que Jesucristo, Hijo de Dios. La ignorancia y la credulidad tuvieron gran parte en estos tristes extravíos; pero tambien hubo móviles más culpables, el fraude y la codicia. Aun suponiéndose en el punto de vista de la Iglesia, es imposible dudarlo; porque ¿cuál era la tendencia de las falsas leyendas inventadas por los frailes? ¿Cuál era la tendencia de las falsas reliquias de los santos? Provocar la devocion y

(1) AUGUSTIN., *De civitate Dei*, XXII, 9.

atraer las ofrendas de los fieles. Supongamos que los milagos pudieran conciliarse con las leyes inmutables de la naturaleza; ¿se concibe que Dios trastornase estas leyes para proteger la mentira y la bribonería? Ya en el siglo IX un concilio censuró á los obispos que se servían de los milagros para satisfacer su avaricia (1). Amulon, arzobispo de Lion, nos cuenta cómo pasaban las cosas. Dos frailes depositaron en la iglesia de San Benigno de Dijon reliquias que habían traído de Roma. Cuando se les preguntó el nombre del santo, respondieron, no se sabe si por bestias ó por desvergonzados, que lo habían olvidado. Sin embargo, aquellos huesos desconocidos no tardaron en hacer milagros. Las mujeres caían como heridas del rayo, sin que se pudiera observar en ellas enfermedad alguna. El Arzobispo de Lion dice que aquellos pretendidos prodigios eran debidos al fraude: «Yo mismo, añade, he sido testigo de supercherías de este género; he visto clérigos que excitaban á pobres miserables á fingir curaciones milagrosas con objeto de llenar su bolsillo; he oído endemoniados que confesaban sus culpables artificios, excusándose con su pobreza. Otros enseñaban cicatrices á las gentes crédulas; aquellas llagas artificiales atraían una nube de devotos y ricas ofrendas» (2).

Los fraudes eran cosa habitual; un honrado agiógrafo del siglo XI lo confiesa. Leemos en la vida de San Godardo, escrita por su discípulo: «Se ven DIARIAMENTE gentes que van de una iglesia á otra, haciéndose pasar por ciegos, impotentes ó endemoniados; se postran ante las gradas de los altares ó sepulcros de los santos, y luego dicen que se han curado, FINGIENDO MILAGROS PARA PROVOCAR LA LIBERALIDAD DE LOS FIELES» (3). No siempre eran oscuros frailes los que se hacían cómplices de estas tretas de feria; si hemos de creer á un ilustre filósofo, ni aun los santos retrocedían ante la impostura. Abelardo acusa á San Norberto en un sermón público de haber hecho ó intentado milagros falsos; llega hasta citar á su compadre. Una de las prácticas habituales de los

(1) Concilio de Aiz-la-Chapelle, l. I, c. 38.

(2) AMULONIS, *Archiepiscopi Lugdunensis Epist. ad Episcopum Lingonensem*. (*Bibliotheca Maxima Patrum*, t. XIV, p. 329-332.)

(3) *Vita Godehardi*, núm. 48. (MABILLON, *Act. Sanctor. Ord. Benedict.*, Saec. VI, P. 1.<sup>a</sup>, p. 372.)

falsarios era dar remedios naturales á los enfermos; si se curaban, se pregonaba el prodigio; si no se curaban, lo achacaban á su falta de fe (1). Un clérigo de Hal hizo muchos de estos milagros; tenía cuidado de propinar sus drogas cerca de una imagen de Jesucristo crucificado que había en la iglesia. El obispo y el monasterio se repartían las ganancias; así es que curas y frailes celebraban á porfía las virtudes de la santa imagen. Desgraciadamente, el clérigo versado en medicina se marchó de la ciudad; entónces cesaron súbitamente las curaciones milagrosas (2).

La indulgencia de nuestros antepasados ha procurado excusar estos fraudes dándoles el nombre de piadosos; la historia debe condenarlos como la más criminal de las imposturas. El crimen no consistía solamente en el empleo del fraude para atraer ofrendas; los fabricantes de milagros eran culpables principalmente porque alteraban el sentimiento religioso. ¿Qué hemos de pensar de la devoción tan decantada de aquellos buenos tiempos, cuando se ven hombres de las últimas clases de la sociedad que se hacen cómplices de falsos milagros? ¿Qué habían de pensar los fieles de la Iglesia y de la religion, cuando sorprendían algún escamoteo de los frailes digno de nuestros prestidigitadores? Se nos acusará de exageración; pero ¿cómo hemos de calificar las supercherías de que usaban al hacer la colecta de San Antonio? «Cuando se presentaba ocasión oportuna, dice *Henri Etienne*, calentaban crucecitas ó imágenes de cobre, mientras la buena mujer iba á buscar algo para ellos en la bodega ó en el granero; y cuando al regresar presentaba su donativo, le hacían adorar dicha cruz ó imagen, y como la encontraba caliente, le infundían un maravilloso temor, diciendo que el señor San Antonio daba á entender que no se contentaba con el donativo que hacía y estaba enfadado. Por cuya razón la buena mujer volvía á buscar algo con qué aumentar su presente, y al volver con ello encontraba la imagen fría: lo cual, decían, era señal de que el señor San Antonio se había calmado» (3).

(1) ABELARDI, *Serm.* 31 (*Op.*, p. 967).

(2) *Chronic. Montis Sereni*, ad a., 1214. (MENCKEN, *Script. Rer. Germ.*, t. II, p. 243.)—GIESELER, *Kirchengeschichte*, t. II, 2, § 78, nota c.

(3) H. ESTIENNE, *Apologia por HERODOTO*, c. 39, § 22.

Los más culpables entre los falsarios eran los que fabricaban milagros apoyándose en algún dogma. De todas las creencias católicas, la transubstanciación es la que menos puede admitir la razón; por lo mismo es la que el clero tiene más interés en consolidar, porque hace de los clérigos seres más que humanos, presentándolos diariamente ante el pueblo como los órganos del más santo y del más terrible de los misterios. El fraude vino á apoyar la dominación sacerdotal. Aun en las tinieblas de la Edad Media costaba trabajo á los fieles el creer que un pedazo de pan se convirtiese en cuerpo de Jesucristo, y que un cáliz de vino se trasformase en su sangre; pero cuando el Hijo de Dios venía en carne y hueso á demostrar la realidad de la transubstanciación, ¿podía quedar duda? Los milagros abundaron auxiliados por el fraude y la credulidad: lo dice un grave doctor, *Alejandro de Hales* (1). En los debates sobre la Inmaculada Concepción, los dominicanos quisieron también forjar un milagro, no para acreditar el dogma, sino para contradecirlo. Sabida es la escandalosa historia de Berna, las pretendidas apariciones de la Virgen declarando ella misma que su concepción era impura y manchada; las cicatrices y todo el aparato ordinario de estas farsas clericales; esta vez el milagro no salió bien, gracias á la poca habilidad de los dominicanos, que se dejaron sorprender en flagrante delito de impostura. Los prodigios en favor de la Inmaculada Concepción tuvieron más éxito. Basta leer esas necias leyendas para convencerse de que son obra de frailes; una vez San Buenaventura se aparece á un fraile menor y le dice que está en el purgatorio por haber negado la Inmaculada Concepción; otra vez San Bernardo aparece con una mancha, y dice que tiene esta mancha por haber sostenido que la Virgen María había sido concebida en pecado original. Los favores que la Virgen prodigaba á sus adoradores, según se decía, excedían todos los límites de la estupidez; no nos atrevemos á referirlos, porque en ellos la impureza va unida á la necedad (2).

(1) ALEX. HALES, *Summa theol.*, P. 4.<sup>a</sup>, *quest.* 53, *memb.* 4, *art.* 1: «*Hujusmodi apparitiones quandoque accidunt humana procuratione, et forte diabolica.*»

(2) HENRI ESTIENNE, *Apología*, c. 35, § 12-14.

¿Qué debe pensarse de la fe de la Iglesia en los misterios que predica, cuando se ve al clero recurrir al crimen para imponerlos á la credulidad de los fieles? Y no se diga que hacemos á la Iglesia responsable de las supercherías de sus ministros. Podríamos contentarnos con responder que se utilizaba del crimen, y que por consiguiente debía ser cómplice. Pero tenemos contra ella pruebas más positivas; sus jefes, los que se dicen infalibles, favorecían el fraude y lo cubrían con su autoridad. En el siglo xv algunos atrevidos sectarios reclamaron el uso de la copa; el concilio de Constanza negó á los laicos un privilegio que los hubiera hecho iguales á los clérigos. Pero para dejar satisfecho al pueblo, se tuvo cuidado de persuadirle de que el pan consagrado contenía juntamente el cuerpo y la sangre de Jesucristo; á fin de convencerle por el testimonio de los sentidos, y de aumentar la devoción, se imaginó el milagro de la *hostia con sangre*. La impostura era tan palpable, que el concilio de Magdeburgo (1412) creyó deber señalar el fraude al obispo de la diócesis en que se representaba esta piadosa comedia: «*El pueblo, dicen los obispos, adora, no sabemos qué sangre, áun cuando no hay sangre ni nada que se le parezca; ESTAMOS SEGUROS DE ELLO POR CONFESION DEL SACERDOTE MISMO QUE SE HA HECHO CULPABLE DE ESTE FRAUDE. Esto no impide que se concedan grandes indulgencias á los que van en peregrinación á Wilsnack, que es donde se exhibe LA HOSTIA CON SANGRE. LA CODICIA ES QUIEN HA INSPIRADO Y PERPETUADO LA IMPOSTURA: HÁCENSE MILAGROS POR DINERO, todo se vende, hasta las certificaciones de curación que se entregan á los pobres mendigos*» (1). La reprobación del concilio no sirvió de nada, precisamente porque estaba por medio la avaricia. A mediados del siglo xv dos universidades declararon sospechosos los milagros de Wilsnack; los dominicanos y los menores, conformes por primera vez, condenaron el fraude; por fin, un Legado del Papa, Nicolás de Cusa, prohibió *las hostias con sangre*, acusando públicamente al clero de que fomentaba la superstición con falsos prodigios para explotarla

(1) *Multa insuper ibidem dominatur avaritia... Ille vendit signa... Alius, si petatur pronuntiarum aliquid miraculum, petit pecuniam, &c.*

en beneficio propio (1). ¿Cómo es que tan grosero engaño se sostuvo á pesar de la reprobacion de los hombres más ilustrados? La superstición encontró favor y apoyo en Roma. Eugenio IV concedió indulgencias á los que hiciesen la peregrinacion de Wilsnack; dictó medidas para la conservacion de la *hostia con sangre*. Nicolas V reprodujo estas disposiciones. Todavía en el año 1500 cuatro cardenales concedieron indulgencias á los peregrinos (2). ¡Hé aquí para qué sirve la infalibilidad del vicario de Dios! ¡Para cubrir con su autoridad fraudes evidentes, para cultivar la superstición y sacar partido de ella! Dirémos de la infalibilidad pontificia lo que hemos dicho de la revelacion. No hay término medio: para salvarla, hay que santificar las piadosas supercherías que nuestro Código penal condena; ó hay que decir que la infalibilidad es una quimera, cuando no una impostura.

### § V.—La Moral.

#### N.º 1.—El culto de la Virgen y de los santos.

La filosofía de la historia tiene un escollo; á fuerza de buscar la razon de las cosas, llega á justificarlo todo, hasta las supersticiones. Debemos ponernos en guardia contra una imparcialidad cuyo resultado es legitimar el error. Si buscamos lo que hay de verdad en las aberraciones de los hombres, debe ser para rechazar el error, no para excusarlo; y si encontramos que la credulidad es explotada por la codicia ó la ambicion, debemos condenar sin piedad los fraudes vergonzosos que procuran retener en cadenas á la humanidad para favorecer una culpable dominacion.

Es verdad que el culto de la Virgen y de los santos tenía su razon de ser en la Edad Media. El poder atribuido al diablo aterraba: ¿cómo podia el hombre, débil criatura, resistir á la persecu-

(1) *Sacerdotes, ob pecuniarum quæstum... per miraculorum publicationem populum alliciunt et sollicitant.*

(2) GIESELER, *Kirchengeschichte*, t. II, 4, § 145, p. 330-334.

cion incesante de un enemigo que casi participaba de la soberanía de Dios? Necesitaba un apoyo, y lo encontró en los santos, dice una carta del siglo XI (1). El catolicismo habia llegado á ser una ley; ahora bien, el hombre tenía la conciencia de que nunca alcanzaba á satisfacer las exigencias legales; sabía que en todo momento estaba amenazado por la pena que corresponde al culpable: ¿dónde habia de encontrar recurso contra aquella terrible justicia? La Virgen representó la caridad en lucha con el derecho estricto: «Aquellos á quienes el Hijo rechaza en nombre de la justicia, dice el monje *Cesáreo de Heisterbach*, la Madre los salvó por su misericordiosa indulgencia» (2). Cuanto más sentimiento tenían los hombres de su impotencia, más se inclinaban á exagerar el poder de aquélla que era la única que podia salvarlos. El poder de la Virgen en la religion de la Edad Media no tenía límites; «creíase que un hombre que fuese devoto de María no podia ser condenado; que aquella protectora incomparable, por muchos crímenes que hubiese cometido, le alcanzaria la vida eterna, arrancándole, si era necesario, del fondo del infierno» (3).

Hay una leyenda que expresa maravillosamente el poder infinito de la Virgen. Teófilo, educado en la piedad, hizo en ella grandes progresos; pero su virtud no pudo sostenerse contra los malos tratamientos de un prelado de quien era ecónomo. Dominado por la tristeza, se entregó á las seducciones de un agente del infierno, y renunció á Jesucristo, á su Madre y al bautismo. Por su parte el diablo le hizo grandes promesas. Firmóse escritura de todo esto. Teófilo recobró en seguida su favor con el obispo; entregado á la ambicion y al orgullo, se portó como un verdadero súbdito de Satanás. Sin embargo, llegó el remordimiento; pero ¿cómo esperar salvacion, cuando se ha renegado del Hijo de Dios y de su Madre? No habia más que una esperanza, la mi-

(1) *Gesta abbatum Gemblacensium*, c. 34 (ad a. 1018): «Unicuique Christi fidelium scimus omnimodis esse elaborandum, ut promereri possit gratiam sanctorum. Quia sic tam propria fragilitatis quam demonis et hujus mundi concutimur fluctibus, ut non nisi eorum freti patrocinii subsistere possimus.» (PERTZ, *Monumenta*, t. VIII, p. 538.)

(2) CESAR, HEISTERBACHENS, *Dialogus miraculorum*, II, 12.

(3) LEGRAND D'AUSSY, *Fabliaux*, t. V, p. 29.